

El Pensar:
algunas confusiones filosóficas tradicionales

– **Introducción** –

Un rasgo a la vez típico y curioso de la filosofía es que en ella se gestan siempre preguntas intelectualmente excitantes, aparentemente profundas, rodeadas a menudo de un halo de misterio que las hace aún más atractivas pero que, no obstante, una vez examinadas por medio del aparato conceptual apropiado resultan ser preguntas engañosas, preguntas que brotan de graves confusiones conceptuales, preguntas que no apuntan a otra cosa que a rompecabezas intelectuales y pseudo-problemas. Ejemplo así abundan. A guisa de ejemplo mencionaré unos cuantos, en el entendido de que ni mucho menos son todos y de que en realidad la lista se puede extender prácticamente tanto como se quiera. Preguntas filosóficas que ejemplifiquen lo que acabo de decir son, entre otras, las siguientes:

- a) ¿Cómo puede un trozo de materia, como lo es la masa encefálica, hacer surgir la conciencia?
- b) ¿Cómo y dónde podrían entrar en contacto una mente con un cuerpo?
- c) Si el recuerdo tiene lugar **ahora** ¿cómo puedo realmente saber si hubo un pasado y que el mundo no surgió hace 5 minutos con todos mis recuerdos?
- d) ¿Existen acciones que, al margen por completo de los intereses humanos, sean **objetivamente** buenas?
- e) ¿Es posible defender la idea de que haga lo que haga un individuo no será nunca susceptible del castigo supremo?
- f) Si Dios efectivamente es el creador del mundo y es infinitamente bueno, omnisciente y omnipotente ¿cómo es posible el mal?
- g) Si la historia humana es racional ¿por qué no está regida por leyes como las de la física?
- h) ¿Tienen derechos, morales y legales, los animales?

Como dije, la lista de preguntas como estas, formuladas casi al azar, se puede extender indefinidamente. Sus temas son todos los que uno pueda imaginar: los números, el conocimiento, los estados mentales, las entidades abstractas (como las proposiciones), el infinito, las personas, el arte, la ciencia, la política, etc. Naturalmente, no forma parte de mis propósitos presentar bajo forma de lista lo que es la filosofía. Lo que aquí me propongo hacer es más bien tomar un caso particular de interrogante filosófico importante, semejante a los mencionados, y hacer ver que efectivamente, detrás de él, lo único que encontramos son enredos lingüísticos,

confusiones conceptuales y caos intelectual. ¿Qué inquietud tengo mente? La naturaleza del pensar y de su subproducto, el pensamiento.

– Notas sobre el Verbo ‘Pensar’ –

Para empezar, quisiera señalar que las más de las veces la gente normal, los usuarios normales del lenguaje, más que promover ellos mismos por gusto la discusión o la especulación filosóficas se ven arrastrados a ellas casi, me atrevo a decirlo, a la fuerza. ¿Quién o qué obliga a los hablantes a incursionar por la senda perdida de la filosofía? La respuesta es simple: la gramática convencional, sus categorías y reglas. En efecto, el punto de partida para la reflexión filosófica es casi siempre una interpretación pueril, simplona, cruda o primitiva de diversas expresiones de nuestro lenguaje forzada o por lo menos fuertemente inducida por la gramática superficial. Por ejemplo, no hay nada más natural y a primera vista inocuo que sostener que dado que ‘pensar’ es un verbo lo que éste “significa” es una actividad. Así, de la manera más espontánea la gente tiende a decir cosas como: “Yo no sé qué sea, pero de seguro que pensar es hacer algo”. Como ese “hacer algo” resulta no ser identificable con ninguna actividad del cuerpo, la conclusión quede inmediato se extrae es que debe entonces tratarse de una actividad especial, no física y si no es física, entonces es “mental”, signifique esto lo que signifique. Esa actividad a su vez, así razonamos cuando razonamos espontáneamente, **tiene** que ser realizada por alguien, esto es, por un agente especial, no por un trozo de materia, orgánica o inorgánica. Y ahora sí ya tenemos un problema y una misión para la filosofía: es función de ésta precisamente investigar la clase de actividad que es el pensar y la clase de entidad (*i.e.*, la mente) que la despliega. Algo semejante pasa con la palabra ‘pensamiento’. ‘Pensamiento’ es un sustantivo. Por consiguiente, nos decimos a nosotros mismos, tiene que remitirnos a un “algo”, sea lo que sea y como sea (abstracto, eterno, etc.). En todo caso, lo único que no podría suceder es que el pensamiento fuera una nada. Y así ya tenemos una segunda tarea asignada: es función de la filosofía examinar la naturaleza de esa cosa especial que es el pensamiento. Como puede fácilmente apreciarse, una lectura primitiva y superficial del *modus operandi* de nuestro lenguaje automáticamente nos genera problemas filosóficos de primera importancia, puesto que nadie se atrevería a simplemente desdeñar o ignorar la cuestión de la naturaleza del pensar y de su destilado, el pensamiento. Si hay preguntas a la vez interesantes, profundas e importantes son justamente preguntas así. De ahí que si el asunto fuera en verdad como lo presento y como la gramática nos obliga a encararlo, la filosofía convencional sería no solamente importante, sino imprescindible.

Intuitivamente, sin embargo, el sentido común de inmediato nos hace sentir que algo tiene que estar radicalmente mal en razonamientos como los expuestos. Lo difícil, obviamente, es detectar en cada caso qué es lo que está mal y sacar a la luz o

exhibir de manera descarnada la engañifa lógico-gramatical involucrada. En esta ocasión, intentaré justamente hacer algo en este sentido. Mi contribución tendrá, por lo tanto, dos partes. En la primera, trataré de hacer público y recalcar lo absurdo de la concepción filosófica usual, independientemente de los matices con que se le pueda adornar; en la segunda, haré un esfuerzo para hacer surgir, a través de la discusión y sin presentarla como una teoría, la visión correcta del tema.

Un verbo que en este caso nos puede resultar sumamente útil en nuestro esfuerzo de aclaración conceptual es el verbo ‘aprender’, y su correlativo, el verbo ‘enseñar’. Sugiero, pues, que lo primero que hagamos sea simplemente formular unas cuantas preguntas en las que se les emplee pero que sean preguntas que, y esto es muy importante, nos resulten a todos preguntas **sensatas**. Acto seguido, contrastaremos esas preguntas con otras en las que el verbo también sea ‘pensar’, pero que nos resulten a los hablantes normales declaradamente **insensatas** o **absurdas**. Después de la contrastación, procederemos a extraer las moralejas que en nuestra opinión se impongan.

Preguntas que cualquier hablante normal, niño o adulto, podría hacer o estaría dispuesto a responder serían, por ejemplo, las siguientes:

- a) ¿Ya sabes jugar billar?
- b) ¿Ya aprendiste a hacer demostraciones por inducción?
- c) ¿Ya te enseñaron a tocar piano?

Un primer rasgo de las preguntas sensatas que podemos apuntar es que **no causan ninguna sorpresa en el oyente**: en todos los casos hay un trasfondo, un entramado de actividades que dotan a la pregunta de sentido. El hablante, por lo tanto, no se siente en lo más mínimo desconcertado. En segundo lugar, **el hablante no tendría problema alguno en responder**, es decir, sabría perfectamente bien como hacerlo, sabría (por lo menos en principio) qué responder para que quien le planteara preguntas como las mencionadas se sintiera satisfecho con su contestación. En tercer lugar, **la respuesta que se diera permitiría sin problemas su confirmación o refutación**. O sea, el diálogo genuino permite avanzar en la conversación y eso sólo es posible cuando lo que se pregunta y afirma es significativo. En síntesis: naturalidad, fluidez y verificabilidad de principio son características que acompañan el discurso cotidiano significativo y sensato.

Ahora bien, ¿cómo reaccionaría una persona de sentido común, un hablante normal, si se le preguntara algo como lo siguiente:

- a) ¿ahora sí ya aprendiste a pensar?
- b) ¿a partir de cuándo sentiste que ya sabías pensar?
- c) ¿ya fuiste hoy a tus clases de pensamiento?

d) ¿cuánto pensamiento asimilaste hoy?

Contrariamente a lo que pasa con las preguntas del grupo anterior, lo primero que éstas generan en el escucha es sorpresa y desconcierto. En una primera reacción y sin especificaciones de ninguna índole, el escucha simplemente no sabría qué responder. La verdad es que, si lo obligáramos a responder, lo más probable es que lo primero que haría sería preguntar por una aclaración del sentido de la pregunta planteada; en un primer acercamiento, espontáneamente, él mismo no sabría decir si lo que dice es confirmable o no, si hay forma de checar el valor de verdad de su respuesta o no, etc. Peor aún: el hablante no sabría determinar qué pasa por una respuesta adecuada ni qué sería una discrepancia genuina. Aquí vale la pena recordar el *dictum* de Wittgenstein: “Un problema filosófico tiene la forma ‘no sé por dónde entrarle’”.¹ Todo esto, naturalmente, apunta, lo sepa el hablante o no, en la dirección del sinsentido. Si todo esto es cierto, con ello hemos dado ya un primer paso: hemos detectado, en relación con el pensar’, lo que serían preguntas insensatas, preguntas a las que no podemos darles crédito, que no podemos simplemente asumir como planteando problemas reales o genuinos. Esto, desde luego, no es más que un inicio, pues falta la parte realmente difícil, a saber, el diagnóstico, la autopsia, de dichos preguntas absurdas. Generar un diagnóstico así es lo más difícil, pues en ello precisamente consiste la tarea de desmitologización filosófica, algo nada fácil de lograr y que requiere de una técnica de discusión e investigación en filosofía.

A mí me parece que hay dos preguntas a las que tenemos que poder responder si queremos darle continuidad a nuestra investigación y que son:

- 1) ¿qué **características** generales detectamos en preguntas insensatas como las enunciadas?, y
- 2) ¿qué **presuponen** y qué **implican** preguntas así?

El verbo ‘pensar’, lo sabemos, puede usarse en los más variados contextos discursivos. Por ejemplo, un jugador de rugby le puede decir a otro: ‘no pensaste rápido y por eso te quitaron el balón’; un gángster le puede comentar a otro: ‘el policía pensó que el cargamento iba a ir por esta carretera, pero nosotros pasamos por el río’; una novia puede conmovida comentarle a su madre, refiriéndose a su novio: ‘pienso que es una persona maravillosa’; el presidente de un país le puede decir a su secretario: ‘pienso que por nada del mundo se puede dejar de construir esta línea del Metro’; y así indefinidamente. Ahora bien, lo curioso y que es importante entender es que ‘pensar’ adquiere un significado distinto en cada caso, esto es, en función de aquello en relación con lo cual se aplica. La inferencia absurda de los filósofos es que confunden **variedad de significados** con un

¹ L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations* (Oxford: Basil Blackwell, 1974), sec. 123.

significado único inapresable. Así, la condición fundamental para la lectura filosófica del verbo ‘pensar’ es, por lo tanto, su descontextualización total. Esto no es muy difícil de hacer ver. En el primer caso, lo que puede querer decir es algo como ‘no reaccionaste rápidamente’; en el segundo, algo como ‘el policía fue engañado, se le mintió, se le hizo creer otra cosa’; en el tercero, lo que quiere decir ‘pensar’ es algo como ‘estoy total o profundamente convencida de que X tiene muchas cualidades’; y en el último, ‘pensar’ puede significar algo como ‘he tomado la decisión de que se construya esta línea del Metro’. O sea, el verbo ‘pensar’ prácticamente **nunca** se emplea desconectado de otros verbos, esto es, de verbos que sí indican una determinada acción o actividad. Pero precisamente la característica de ‘pensar’ es que **no** alude a ninguna actividad en especial además de las actividades realizadas y **no** que alude a una actividad especial, que luego tenemos que buscar.

Lo anterior puede entenderse mejor si consideramos brevemente algunas presuposiciones del uso filosófico, es decir, espurio, de ‘pensar’. Si pensar es una actividad, de seguro que tiene que ser una actividad que **lógicamente** al menos, tiene que poder realizarse por sí sola, esto es, con total independencia de cualquier otra. De hecho, es así como lo visualizaron Platón, Descartes y los cognitivistas de nuestros días, como Noam Chomsky. Pero si ello fuera así, ello implicaría que todos y cada uno de nosotros habríamos podido hasta el día de hoy hacer todo lo que hemos hecho sólo que sin haberlo pensado y esa implicación es absurda. O sea, si pensar fuera lo que los filósofos quieren, es perfectamente imaginable que yo hubiera hablado, querido, discutido, etc., como hasta ahora, sólo que sin pensar. Esto es así porque está implicado en el sentido filosófico de ‘pensar’ que se trata de una opción de actividad que **podría** no darse. Pero esto es, ya lo señalé, claramente absurdo: la pregunta por el pensar sólo adquiere sentido cuando el pensar es algo que viene **junto con** y **en relación con** alguna otra cosa que se **hace**. No obstante, lo que el filósofo convencional hace es precisamente descontextualizarlo, con lo cual se ve impulsado a hipostasiarlo. Dos errores graves en un solo movimiento.

Con base en lo anterior, podría querer sostenerse que el pensar es por lo menos algo que a primera vista acompaña a las actividades humanas. Esto es equívoco, porque si no nos hemos equivocado ‘pensar’ no es el nombre de ninguna actividad especial. Pero entonces ¿para qué empleamos dicho verbo? Sería casi ridículo pretender dar una respuesta, por así decirlo, matemática. Me parece mucho más útil simplemente señalar la **clase de función** que desempeña el verbo en nuestras aseveraciones. En general, creo que empleamos el verbo ‘pensar’ por lo menos para lo siguiente:

- 1) para distinguir la acción normal de la acción puramente mecánica
- 2) para indicar que quien realiza una actividad hace progresos, avanza
- 3) para señalar que quien actúa no vuelve a cometer errores pasados
- 4) para dar a entender que el sujeto **sabe cómo** resolver problemas.

La verdad es que me siento tentado a sostener que, si no estoy totalmente equivocado, el verbo ‘pensar’ es simplemente un mecanismo de economía lingüística. Si nos fijamos, hasta podríamos sostener que las funciones del verbo podrían ser remplazadas por las de un número indefinido de adverbios. O sea, en lugar de decir algo como ‘él actuó pensando lo que estaba haciendo’ podríamos decir algo ‘él actuó cuidadosamente’; en lugar de ‘él pensó que actuaba correctamente’ podríamos decir ‘él actuó con convicción de modo que sólo muy difícilmente se retractaría’, y así indefinidamente. Como estas circunlocuciones o paráfrasis son engorrosas, pesadas, requieren invención permanente de adverbios, esto es, de adverbios adaptados a circunstancias y actividades particulares, es mucho más práctico tener un único término, de significado moldeable y que se adapta a todas las circunstancias imaginables. Eso es precisamente lo que pasa con ‘pensar’; esa es su función. Se trata, por así decirlo, de un cualificador de la acción humana, sea la que sea, lingüística o extra-lingüística, pero, una vez más, lo único que **no** significa o denota es una actividad especial.

Lo anterior tiene consecuencias de primera importancia. Si nuestra línea de argumentación, aquí meramente esbozada, es correcta, entonces lo más torpe que podría hacerse sería pretender convertir el pensar que, como vimos, no es una actividad especial, en objeto de una investigación empírica, de por ejemplo neurofisiología. Hacer eso sería más o menos equivalente a poner a los físicos a buscar hadas y gnomos. Así de absurda y de dañina puede ser una disquisición filosófica. En verdad, Ludwig Wittgenstein ya nos había prevenido al respecto. Aquí me limitaré a recordar tres pensamientos recogidos en *Zettel*. Allí nos dice:

a) “Una de las ideas más peligrosas para un filósofo es por extraño que suene, la de que pensamos con nuestras cabezas o en nuestras cabezas”.²

Y un poco más adelante afirma:

b) “Ninguna suposición me parece más natural que la de que no hay ningún proceso en el cerebro correlacionado con o asociado con el pensar; de modo que no sería posible leer los procesos de pensamiento a partir de los procesos cerebrales”.³

Y, como una consecuencia de esto último, Wittgenstein nos dice:

c) “Es, pues, perfectamente posible que ciertos fenómenos psicológicos *no puedan* ser investigados fisiológicamente, puesto que nada fisiológico les corresponde”.⁴ Esta lección es simplemente devastadora: **si** Wittgenstein tiene razón, y yo por mi parte admito que no sé de ningún argumento que eche por tierra los resultados de su

² L. Wittgenstein, *Zettel* (Oxford: Basil Blackwell, 1967), sec. 605.

³ L. Wittgenstein, *ibid.*, sec. 608.

⁴ L. Wittgenstein, *ibid.*, sec.609.

investigación anti-filosófica o gramatical, numerosos programas de dizque investigación empírica simplemente se derrumban. No es que se vayan a encontrar otros resultados que los que se imaginaban que encontrarían. No!: lo que va a pasar es que no van a encontrar nada, a pesar de lo cual seguirán una y otra vez intentando hallar los resultados que su ingenuidad gramatical les impuso. Para decirlo en dos palabras: no hay ni puede haber tal cosa como la “ciencia del pensar”. Creo sinceramente que ya es hora de cambiar de perspectiva, de “modelo explicativo” y de hacer un esfuerzo por aprender a pensar de un modo distinto.

– Clasificaciones del Pensar –

Quisiera ahora rápidamente abordar el asunto desde otra perspectiva. Que no haya una actividad especial, de carácter mental, etc., llamada ‘pensar’ no significa ni implica que el pensar sea algo irreal ni que no podamos nosotros trazar distinciones, establecer clasificaciones, pronunciarnos sobre él. Lo único que nosotros hacemos es no poner una interpretación filosófica a nuestro empleo del término. Con esto en mente, examinemos ahora el pensar mismo.

Es obvio que sobre el pensar podemos decir muchas cosas desde muchos puntos de vista. Podemos examinarlo en su relación con el cerebro, con la conducta, con otras actitudes proposicionales, con el lenguaje, con la acción, etc., etc. Lo que a mí me interesa, sin embargo, es algo un tanto más simple pero quizá más útil. Quisiera, pues, empezar lo que propiamente hablando es mi disquisición con consideraciones, por así decirlo, de estilo. Lo que quiero decir es que hay **formas o estilos de pensar**. Así, por ejemplo, podemos distinguir, entre muchos otros, una forma de pensar científica, una estilo matemático de pensar, uno artístico, podemos hablar en el mismo sentido de una mentalidad política o criminal, y así sucesivamente. Si logramos echar aunque sea un poco de luz sobre estos rubros, quizá entonces estaremos mejor posicionados para responder a preguntas concretas en relación con el pensar y su subproducto, el pensamiento.

Para efectos de esta exposición, quisiera concentrarme en dos estilos o modalidades de pensar, a saber, el pensar científico y el pensar matemático y tal vez lo primero que tendríamos que hacer sería advertir a todo mundo que no hay por qué alarmarse, porque nuestra investigación no tiene nada de esotérico. Lo que queremos determinar es cuándo, bajo qué circunstancias, en qué condiciones, etc., hablamos de pensar científico y de mentalidades matemáticas.

Consideremos, primero, el pensar científico. Por lo pronto, lo que ya sabemos es que el pensar es un “algo” (mas no una sustancia ni un proceso) que se despliega en el actuar de una persona. Esto es muy importante, porque quiere decir que no podemos legítimamente hablar de pensar si no hay un **cuerpo**. Si esto es así, está

implicado que un mero cerebro no podría bastar para hablar con sentido de “pensar”. Hablar de pensar es, inevitablemente, aludir a personas, esto es, a seres hablantes y actuantes y, por ende, **plenamente** socializados. Aquí me permito observar que es completamente ridículo suponer que un cerebro podría estar, plenamente o no, socializado y si ello no tiene sentido, hablar de pensar en relación con él es, en el mejor de los casos, haber cambiado drásticamente el significado del término. Ahora bien ¿cuándo y para indicar qué hablamos de una mentalidad científica? Si nos las vemos con una persona que procede metódicamente, que nunca se aparta de lo que la experiencia indica, que busca constantemente evidencias en favor de sus opiniones y creencias, que siempre llega a conclusiones meramente tentativas, probables, nunca definitivas o tajantes, que no tiene una actitud dogmática ante nada y así indefinidamente, entonces decimos de ella que piensa científicamente. **Eso** y no otra cosa es tener una mentalidad científica, es decir, eso es proceder científicamente. Aquí quiero enfatizar el uso del término ‘proceder’ porque, como puede fácilmente apreciarse, **está en lugar** del verbo ‘pensar’.

A manera de contraste ¿qué es tener un pensamiento matemático o pensar como matemático o tener una mentalidad matemática? Nótese, para empezar, que tal como encaramos el asunto la cuestión no es meramente lingüística. O sea, no nos estamos fijando en formulaciones, sino en lo que está detrás de ellas. ¿Qué es, pues, pensar como matemático?

Yo creo que la respuesta es clara: alguien tiene una mentalidad matemática cuando busca sistemáticamente dar u obtener de otros definiciones precisas, quiere siempre demostraciones, aplica las matemáticas en todos los contextos posibles (estoy imaginando una persona sensata, evidentemente), busca siempre resultados definitivos, evita vaguedades, conexiones inciertas, saltos en las argumentaciones, etc., etc. Pensar matemáticamente no significa otra cosa que aplicar al tema del que uno se ocupe esquemas de razonamiento propios o típicos o característicos de las matemáticas.

De hecho, podemos extender lo que estamos diciendo a **toda** forma o estilo de pensar. Por ejemplo ¿qué es pensar moralmente o, alternativamente, qué es ser un agente moral? La respuesta no podría ser más simple: se trata de alguien que, para o antes de tomar decisiones, sopesa el valor moral de sus acciones sirviéndose para ello de principios éticos o de reglas morales, alguien que evalúa las potenciales consecuencias de sus actos, alguien que está decidido a no hacer ciertas cosas le cueste lo que le cueste, a no entrar en ciertas componendas, a renunciar a ciertos valores o beneficios, etc. Eso es pensar moralmente.

Lo que hemos dicho respecto al pensar científico, matemático y moral en realidad no representa más que la ejemplificación de una situación general. Quizá podamos ahora extraer algunas conclusiones relevantes para nuestro tema.

Pensar no es una actividad especial, misteriosamente conectada con el lenguaje, el cerebro, el conocimiento, la vida, etc. Lo importante del concepto de pensar es que siempre que hablemos de pensar estaremos hablando de **acciones realizadas de cierto modo**, de determinada manera. Hablar del pensar es una forma de deslindar la acción humana (normal o sobresaliente) de cualquier otra clase de acción, como por ejemplo acciones de robots, de animales, de idiotas, de marcianos. Pensar es realizar una acción socialmente reconocida como tal de un cierto modo, en general positivo. Así, un neurocirujano “piensa” cuando realiza exitosamente una operación en el cerebro y diríamos que “no pensó bien las cosas” si le ocasiona daños irreversibles al paciente. Como dije, pensar tiene naturalmente connotaciones positivas (no en un sentido moral, desde luego). Y lo que es importante advertir es que es **por analogía** que extendemos los usos paradigmáticos del verbo ‘pensar’ a casos parecidos pero ya no equivalentes. Dadas las semejanzas en reacciones entre la conducta de un tigre que va a cazar y la de, *e.g.*, un vendedor de seguros, decimos que el tigre “piensa”. Pero es claro que se trata de un sentido secundario, por no decir ‘derivado’ por completo del sentido usual, fundado en semejanzas conductuales. De igual modo, podemos si eso nos deja satisfechos afirmar que el cerebro piensa, pero estrictamente hablando eso es un juego de palabras, yo diría que hasta poético, por lo menos mientras no se nos aclaren las nuevas reglas de uso, esto es, las reglas que permiten aplicar el verbo ‘pensar’ ya no a una persona, ya no a un cuerpo en acción, sino a trozo de materia ubicado en el interior del cráneo. La cuestión de qué sea pensar en el sentido cognitivista parecería ser algo que pertenece a la más misteriosa, oscura y retrógrada de las metafísicas.

– Consideraciones Finales –

Me parece que podemos ahora retomar algunas de las preguntas que planteamos al inicio. Con base en lo expuesto ¿qué podría significar una pregunta como ‘¿se puede enseñar a pensar?’ o ‘¿ya aprendiste a pensar?’? Para empezar, podemos responder que si lo que se plantea es una pregunta enteramente general o abstracta, la pregunta en cuestión es simplemente un sinsentido. No tiene respuesta posible, porque la pregunta no tiene, permitiéndome emplear una expresión de Frege, ningún contenido juzgable. Así como está, la pregunta aunque gramaticalmente impecable es conceptualmente confusa. Ahora bien, si circunscribimos la pregunta a un ámbito particular (la música, la geometría, la lucha libre, el ajedrez, el dibujo, la química, etc.), lo único que puede querer decir es que se está iniciando a alguien en un proceso de especialización en un área particular del conocimiento. Lo que se tendría que preguntar para eliminar lo equívoco de la pregunta sería preguntar algo como ‘¿ya aprendiste a pensar matemáticamente?’. Esta pregunta ciertamente tiene sentido, si bien aquí nos vemos en el problema inverso, a saber, que aunque la pregunta es conceptualmente clara no corresponde a los modos normales de hablar. En realidad, lo único que significa es: ¿ya aprendiste matemáticas? A eso se

retrotrae la supuesta legítima pregunta de si ya se aprendió a pensar en el ámbito de las matemáticas. Y, naturalmente, lo que vale para las matemáticas vale para cualquier otra disciplina o técnica.

Si no nos hemos equivocado, no puede existir algo así como la ciencia del pensar, enseñar a pensar, técnicas para pensar, etc., como si pensar fuera un proceso o procedimiento paralelo al de trabajar o actuar, teórica o prácticamente, en los distintos ámbitos sociales o, como diría Wittgenstein, en las distintas formas de vida. Creer que hay tal cosa como la ciencia del pensar es como estar convencidos de que hay tal cosa como la ciencia de las hadas o la ciencia de las quimeras. Enseñar a pensar es siempre enseñar a hacer aquello en relación con lo cual usamos el verbo ‘pensar’ sólo que a hacerlo cada vez mejor, cada vez con más éxito. Por lo tanto, enseñar a pensar en matemáticas o matemáticamente no es más que diseñar técnicas de enseñanza de matemáticas, en el área que sea. En **este** sentido, claro que se puede enseñar a pensar. Preguntémonos: ¿qué sería enseñar a pensar matemáticamente? Inculcar en los alumnos el gusto por las formas matemáticas de razonar, hacerles ver cuán inmensa puede ser la utilidad que se puede obtener de las matemáticas, entretenerlos con acertijos y rompecabezas matemáticos, abrirles el horizonte de los enigmas de la filosofía de las matemáticas, hacer nacer en ellos el gusto por el trabajo formal, hacerles comprender en qué consiste una prueba por inducción y por qué es crucial en matemáticas, establecer explícitamente conexiones entre las matemáticas y las ciencias empíricas, por una parte, y las matemáticas y la lógica y la teoría de la computación, por la otra. **Eso** y no otra cosa es enseñar a pensar en matemáticas o matemáticamente. Y obviamente lo mismo sucede, *mutatis mutandis*, con todas las disciplinas habidas y por haber.

Desde nuestra perspectiva, lo más dañino que puede haber, sobre todo en el nivel académico medio, esto es, en una fase crucial de formación intelectual y mental de un alumno, es incitarlo a correr tras una fantasmagoría intelectual que, obviamente, lo aleja cada vez más del verdadero trabajo, de la actividad real y genuina, y en esa área precisamente lo inutiliza. Es de vital importancia aprender a neutralizar la ponzoña filosófica usual, esto es, el lenguaje irresponsable que, avalado por la gramática superficial, permite hablar de pensamiento en abstracto, de procesos de pensar, de pensamientos como entidades, y así indefinidamente. Aquí el problema es el siguiente: los científicos, del área que sea, están indefensos frente a las trampas conceptuales de los filósofos tradicionales. Desafortunadamente, el antídoto para el veneno filosófico estándar no puede brotar de la ciencia misma. Los científicos no sólo no están capacitados para paralizar al filósofo: antes bien, son sus víctimas. El antídoto para la ponzoña filosófica sólo puede provenir del ámbito de la filosofía misma. Más concretamente, es sólo del pensar wittgensteiniano que pueden extraerse los elementos que permitirían poner fin al desasosiego y a la desorientación conceptuales que interminablemente genera la filosofía tradicional.